

dos... Los franceses se echan sobre mi hermano, acudo á socorrerle, mato á un francés, luego á otro... y salvo á mi hermano. Me hieren en un brazo, cojo el fusil con la otra mano y sigo corriendo. Cerca de mí una bala mata á mi hermano, me detengo un momento, le miro tristemente y grito: «Seguidme á mí! Venguémonos! Yo quería á mi hermano más que al mundo entero, y lo he perdido.



Venguémosle, aniquilemos al enemigo ó muramos todos aquí!» Todos correrán entonces y me seguirán... Allí morirá todo el ejército de la Francia... á todos los aplastaremos. Mas al fin me hieren una segunda, una tercera vez y caigo herido de muerte. Entonces todos corren hacia mí, el general Gortchakov vendrá también y me preguntará qué es lo que deseo, y yo le contestaré que nada, salvo que me lleven al lado de mi hermano, pues quiero morir junto á él. El me lo concederá y me hará poner cerca del cadáver ensangrentado de mi hermano... entonces me levantaré y diré solamente: Sí, vosotros no habéis sabido apreciar como era debido á dos hombres que amaban verdaderamente á su patria; ya veis, los dos hemos caído al fin, que Dios os perdone!... Entonces moriré».

Quién sabe hasta que punto podrían realizarse estos ensueños?

—Dime, has estado alguna vez en alguna refriega?—preguntó de pronto á su hermano, olvidando su propósito de no dirigirle la palabra.

—No una sola vez,—respondió el primogénito.—Nuestro regimiento ha perdido más de dos mil hombres, con todos sus trabajos de defensa. Yo mismo he sido herido una vez... La guerra no se hace como tú piensas, Volodia.

Al oírse llamar «Volodia» se enterneció el cadete. Quiso explicarse con su hermano, quien no creía del todo haberle ofendido.

—No estás enfadado conmigo, Micka?—dijo después de un minuto de silencio.

—Por qué?

—A causa de lo que ha habido, vamos.

—De ningún modo,—respondió el mayor volviéndose hacia él y golpeándole suavemente la pierna.

—Entonces, me perdonas, Micka, si es que te haya disgustado?

Y el joven cadete se volvió para ocultar las lágrimas que súbitamente se agolparon á sus ojos.

VII

—Estamos ya en Sebastopol?—preguntó el cadete cuando hubieron dejado atrás la montaña.

Ante ellos se abría la ancha bahía, de cuyas aguas se veía surgir los palos de los buques, con la flota enemiga distinguiéndose á lo lejos, las grandes baterías junto al mar, los cuarteles, los acueductos, los docks, los edificios de la ciudad y las nubecillas blanco-azuladas de las chimeneas, que se elevaban sin cesar hacia las hermosísimas montañas que rodean la población, deteniéndose en el cielo azul entre los rosados rayos del sol que se reflejan en las olas y van á perderse en el lejano horizonte del sombrío mar.

Volodia contemplaba sin la menor emoción este paraje terrible, en el cual tanto había soñado; al contrario, lo veía con placer es-

tético y con sentimiento heroico de satisfacción, pensando que dentro de media hora él estaría allí y vería de cerca aquel espectáculo verdaderamente admirable y original con atención concentrada. Al poco rato llegaron á Severnaia, en donde estaban los bagajes del regimiento de su hermano y en donde debían tomar las señas del sitio en que estaba su regimiento y la batería.

El oficial que mandaba el tren de bagajes estaba cerca del sitio nombrado «la ciudad pequeña» compuesta de barracas de madera construídas por los marineros. Vivía en una tienda de campaña adjunta á un tinglado muy vasto hecho de ramas de roble casi tiernas.

Los hermanos encontraron al oficial sentado frente á una sucia mesa en la cual había un vaso de té frío, un plato con aguardiente, granos de caviar y pan. El oficial iba vestido con sólo una camisa amarilla sucia y estaba contando sobre un banco un gran fajo de billetes de banco. Mas, antes de hablar de la persona de este oficial y de su conversación, es necesario examinar el interior del tinglado y conocer un poco sus anejos y para lo que servía todo aquello.

El tinglado era muy vasto, había en él pequeñas mesas y mullidos bancos construídos expresamente para sentarse los generales y jefes de los regimientos. Para que las hojas de las ramas no cayeran en el interior de la tienda del oficial, los lados y el techo estaban cubiertos con grandes tapices bastante feos, pero muy nuevos y probablemente muy caros. Sobre el lecho de hierro emplazado á lo largo del tapiz principal, adornado con la figura de una hermosa amazona, estaba echado un cobertor de terciopelo rojo, una almohada sucia, un espejo encuadrado en marco de plata, un peine de cuerno lleno de cabellos grasientos, una palmatoria de metal, una botella de licor con una marca dorada, un reloj de oro adornado con un retrato de Pedro I, dos plumas de oro, un pequeño frasco con dos cápsulas, un trozo de pan, un juego de naipes usado y debajo de la cama algunas botellas vacías ó llenas. El oficial de que hablamos tenía á su cargo los convoyes del regimiento y los forrajes. Con él vivía un gran amigo suyo, un comisionista que se ocupaba de las compras. Cuando los hermanos entraron, éste estaba durmiendo bajo la tienda y el oficial del convoy sacaba las cuentas del dinero del Estado para fin de mes. El aspecto del oficial era simpático; de gran talla, grandes bigotes y buena corpulencia, tenía solamente de desagradable su respiración fatigosa y la hinchazón de su rostro, que casi cubría sus pequeños ojos grises, como si la cara estuviese toda impregnada de *porter*, y un desaseo extraordinario se observaba en toda su persona, con

sus cabellos escasos y grasientos y luego sus pies largos y desnudos calzados con unas pantuflas forradas de armiño.

—Cuánto dinero! Cuánto dinero!—exclamó Kozeltkov el mayor, al entrar en la tienda y con avidez inconsciente fijó los ojos sobre el fajo de billetes.—Si á lo menos me prestarais la mitad, Vasili Mikhailovitch!

Al ver á su visitante, el oficial del almacén, disimuladamente, recogió el dinero y saludó sin levantarse.

—Ah! si fuera mío! Este es dinero del Estado, querido!... Quién es ese que va con vos?—dijo metiendo el dinero en una cajita que tenía al lado y mirando á Volodia.

—Este es mi hermano, acaba de salir de la Escuela y hemos venido aquí para saber dónde está alojado nuestro regimiento.

—Sentaos, señores,—dijo levantándose y, sin prestar mayor atención á los recién llegados, fuese adentro.—Queréis beber algo? Quizás tomaríais un poco de *porter*?

—No vendría mal, Vasili Mikhailovitch.

Volodia estaba admirado del orgullo que manifestaba el oficial del almacén, de sus maneras negligentes y del respeto con que su hermano dirigíase á él.

«Este es probablemente un excelente oficial, á quien todos respetan; debe ser muy sencillo, muy hospitalario y valiente», pensaba mientras se sentaba con timidez en el diván.

—Pues, dónde está nuestro regimiento?—preguntó gritando hacia dentro el hermano mayor.

—Qué?

Y repitió la pregunta otra vez.

—Zeifer ha estado hoy aquí y me ha dicho que ha pasado al cuarto bastión.

—Es esto cierto?

—Cuánto yo digo es cierto. En realidad... el diablo lo sabe, y éste poco cuida de no mentir. Y bien, qué! beberéis un poco de *porter*?—dijo el oficial desde dentro de la tienda.

—Si os place beberé un poco,—respondió Kozeltkov.

—Y vos, beberéis, Ossip Ignatievitch,—añadió la voz dentro de la tienda, dirigiéndose probablemente al comisionista.—Basta de dormir, ya han dado las cuatro.

—Qué es lo que decís? Yo no duermo,—respondió una voz agria é indolente.

—Y bien, levantaos, ya sabéis que me aburro si no os tengo á mi lado.

El oficial se reunió con sus huéspedes.

—Trae el *porter* de Sunferopol!—gritó.

El asistente, de semblante fiero, así á lo menos se lo pareció á Volodia, entró en la tienda y dando empujones á todo el mundo, dejó el *porter* sobre el banco.

Vaciaron entre todos la botella y la conversación continuó todavía algún tiempo en el mismo tono, cuando la cortina de la tienda se apartó dando paso á un hombre no muy alto, hosco, en traje de dormir azul rayadillo y una gorra con cinta roja y adornada con una escarapela. Se presentó retorciéndose el pequeño bigote negro y mirando hacia lo alto del gran tapiz; con un movimiento de hombros apenas perceptible, respondió al saludo de los dos oficiales.

—Yo beberé también un poco,—dijo instalándose cerca de la mesa.—Y bien, joven, venís de San Petersburgo?—preguntó amablemente á Volodia.

—Sí, y ahora voy á Sebastopol.

—Lo habéis pedido vos mismo?

—Yo mismo.

—Y para qué? Señores, yo no lo comprendo,—continuó el comisionista.—Por mi parte, de buena gana me iría, aunque fuera á pie, á San Petersburgo, si me dejaran. Os juro que estoy harto de esa maldita vida.

—De qué podéis quejaros aquí?—exclamó el primogénito de los Kozeltkov,—vuestra vida es envidiable!

El comisionista le miró y continuó dirigiéndose á Volodia.

—Los peligros, las privaciones es lo único que aquí podéis encontrar; qué es, pues, lo que buscáis, señores? Yo no lo comprendo. Si á lo menos hubiera ventajas; mas, como veis, no las hay; pues bien, si á vuestra edad quedarais inútil para toda la vida, estaríais contento?

—Hay quien busca sólo el dinero; pero otros sirven á la patria sólo por el honor,—dijo con despecho el mayor de los Kozeltkov.

—Valiente honor cuando no hay nada que comer,—dijo riendo con menosprecio el comisionista y dirigiéndose al oficial de almacén, que también se reía, le dijo señalando la caja de música.—Toca alguna cosa de *Lucie*, me gusta mucho; nosotros te escucharemos con placer.

—Vaya! Es un buen hombre este Vasili Mikhailovitch!—dijo Volodia á su hermano, cuando, ya anochecido, salieron del cobertizo en dirección á Sebastopol.

—Tal cual, sólo que es horriblemente avaro. En cuanto al comisionista, á éste no le puedo ver, cualquier día le voy á pegar.

VIII

No puede decirse que Volodia estuviese de mal humor, pero sentía en su corazón una opresión muy fuerte, cuando cercana ya la noche llegaron al gran puente echado sobre la bahía. Todo lo que había visto y oído estaba muy en contradicción con sus impresiones pasadas y todavía recientes; la gran sala, clara y alegre, de los exámenes, las suaves voces juveniles y las risas de sus camaradas, el uniforme nuevo, el Zar amado, á quien se había habituado á ver durante siete años y quien al decirles *adiós*, con las lágrimas en los ojos, les había llamado: *Hijos míos!*... Y ahora todo lo que veía se parecía muy poco á sus ensueños, atrayentes y bellos como el arco iris.

—Ya lo ves, al fin hemos llegado,—dijo el primogénito descendiendo del coche, así que llegaron á la batería Mikhailovskaia,—Si nos dejan atravesar el puente, marcharemos enseguida á los cuarteles de Nicolás. Tú te quedarás allí hasta la madrugada y yo iré al regimiento para saber dónde está nuestra batería, y mañana vendré á buscarte.

—Por qué? Vayamos los dos,—dijo Volodia.—Prefiero ir contigo al bastión. Es necesario acostumbrarse, si tú vas yo también quiero ir.

—Sería mejor que no vinieras.

—No, te lo ruego, á lo menos veré...

—Te aconsejo que no vengas, mas si tanto insistes...

El cielo estaba sereno y oscuro; las estrellas, las lucitas de las bombas cruzando el espacio sin cesar, lo mismo que los fogonazos de las descargas, brillaban intensamente en la oscuridad. La gran construcción blancuzca de la batería y el arranque del puente se destacaban en la sombra. A cada segundo los estampidos del cañón y de los explosivos se seguían rápidamente el uno al otro, haciendo conmovir las ondas etéreas en toda su profundidad; al través de esos sordos ruidos se oía, formando como su acompañamiento, el batir de las olas en la bahía. Un leve vientecillo soplaba del lado

del mar impregnado de las brisas marinas. Los hermanos se acercaban al puente, y á su entrada un miliciano manejando poco diestramente el fusil, gritó:

—Quién vive!

—Soldados!

—No se pasa.

—Cómo lo arreglamos, pues?...

—Llamad al oficial.

El oficial dormitaba sentado sobre un ánora. Al oír las voces se levantó y dió orden de dejarles pasar.

—Puede irse á dentro, pero no se puede salir; dónde diablos os



habéis metido!—gritó el oficial de guardia á los carruajes del regimiento que chocaban unos con otros á la entrada del puente.

Al cruzar el primer pontón, los dos hermanos se cruzaron con varios soldados que conversaban en alta voz, de este modo:

—Si ha recibido el dinero del equipo, entonces su cuenta está en regla, pues ya lo tiene todo.

—Eh! hermanos,—decía otro en alta voz.—Cuando se viene de Severnaia, se ven ya esas lucesitas y se respira un aire...

—Diantre!—dijo el primero.—Ahora mismo, allá abajo, acaba de caer, maldita!... y ha arrancado las piernas á dos marinos. Si...

Los hermanos, después del primer pontón, viendo venir un coche, se detuvieron en el segundo, que en aquel momento el agua invadía ya. El viento, que en tierra parecía muy débil, era allí más fuerte y soplaba á grandes ráfagas. El puente oscilaba, las olas golpeaban las maderas sordamente y rompiendo por encima de las anclas y los cordajes invadían la tablazón. A la derecha, el mar brumoso, hostil, sombrío, se recortaba en la línea infinita é igualmente sombría del horizonte gris claro; á lo lejos, los fuegos alumbraban la flota enemiga; á la izquierda distinguíase la masa negra de nuestros bajeles y se oía el romper de las olas sobre sus costados; veíase una barca que se alejaba con gran ruido y rápidamente de Severnaia. El fuego de la bomba que estalló cerca de ella, iluminó por un instante los gaviones puestos en lo alto de la barca, destacando las sombras de dos hombres que se hallaban allí sobre la blanca espuma de las olas tremendas, rizadas por la estela de la barca. En el borde del puente estaba sentado, con las piernas colgando en el agua, un hombre en camisa que reparaba ó arreglaba algo en el pontón. Enfrente, sobre Sebastopol, se levantaban al espacio las lucesitas de las bombas, oyéndose cada vez más fuertes los espantosos estampidos del cañón. Las olas, que aumentaban de volumen, caían al lado derecho del puente y mojaban los pies de Volodia; dos soldados andando con los pies en el agua pasaron por su lado. De repente, algo estalló y alumbró momentáneamente el puente, en donde vióse un coche y un hombre á caballo, y los cascos de la bomba silbando cayeron en el mar y proyectaron el agua entorno suyo.

—Ah! Mikhail Seminovitch,—dijo el caballero deteniendo su caballo frente al primogénito de los Kozeltkov.—Qué! Estáis ya del todo curado?

—Ya podéis ver; pero, Dios mío, á dónde vais?

—A Severnaia, á buscar cartuchos. Reemplazo hoy al ayudante de campo del regimiento. Esperamos el asalto de un momento á otro.

—Dónde está Marzov?

—Ayer se le llevaron la pierna... En la ciudad... dormía ahora en su aposento. Le conocíais quizás?

—Nuestro regimiento está en el quinto bastión, verdad?

—Sí, ha reemplazado al regimiento de M... Entrad en la primera ambulancia, allá abajo; allí encontraréis á los nuestros, alguien os conducirá.

—Oid, y mi departamento de Morskaia, está intacto?

—Ah! querido, hace ya tiempo que está todo destruído por las bombas, no conoceréis á Sebastopol; no hay una sola mujer, ni tabernas, ni música; ayer el último establecimiento se cerró, ha quedado esto muy triste, horriblemente triste... Adiós.

El oficial se alejó al trote. Volodia se sintió poseído de un sentimiento horrible, parecióle que de momento una bomba había estallado y le había herido profundamente en la cabeza. Esas húmedas tinieblas, todos esos confusos ruidos, sobre los cuales dominaba el rumor agitado de las olas, todo parecía decirle que no fuera más adelante, que nada bueno le esperaba allí, que jamás sus pies llegarían á pisar la tierra del otro lado de la bahía, que debía volverse inmediatamente, huir á cualquier parte lo más lejos posible de este sitio de muerte. «Mas quizás sea ya tarde, todo está ya decidido», pensó estremeciéndose tanto por ese pensamiento como por el agua que mojaba sus pies.

Volodia suspiró profundamente y se apartó un poco de su hermano.

«Señor, es que precisamente me matarán á mí! Señor, tened piedad de mí!» murmuró santiguándose.

—Y bien, vamos, Volodia,—dijo el hermano mayor, al cabo de un buen rato.—Has visto la bomba?

En el puente encontraron más carromatos cargados con heridos y cestas y uno cargado de muebles, conducido por una mujer. Al otro lado del puente nadie les dijo nada.

Fuéronse instintivamente por detrás de la muralla de la batería de Nicolás, silenciosos, escuchando el zumbido de las bombas que parecían estallar sobre su cabeza y el silbido estridente de los cascos que caían de lo alto. Al fin llegaron al sitio de la batería donde estaba el guardián, y allí supieron que la quinta batería ligera, en la cual estaba inscrito Volodia, se hallaba en Korabelnaia, y decidieron, á pesar del peligro, irse á dormir al quinto bastión. Volvieron al camino cubierto y, procurando no tropezar con los soldados dormidos á lo largo del muro de la batería, llegaron finalmente á la ambulancia.

IX

Cuando entraron en la primera sala, llena de camas de campaña sobre las cuales estaban tendidos los heridos y llena de un hedor repugnante, horrible, de hospital, dos hermanas enfermeras venían en dirección contraria.

Una era una mujer de unos cincuenta años, de ojos negros y rostro muy severo. Llevaba unas vendas y gasas y daba órdenes á la joven enfermera que la seguía. Esta era una jovencita muy linda, de unos veinte años, de rostro pálido y dulce, rubia, singularmente hermosa y atractiva, las manos en los bolsillos de su delantal, miraba por debajo de su blanca gorra, y andaba cerca de la mayor como si tuviera miedo de alejarse mucho.

Kozeltkov se dirigió á ellas, preguntándoles si sabían dónde estaba Marzov, á quien el día anterior una bala se le había llevado la pierna.

—Del regimiento de P... según creo?—contestó la mayor.—Es pariente vuestro?

—No, es un camarada.

—Guiadles,—dijo en francés á la joven enfermera.—Vedle, allí está!...—y ella misma con la enfermera se fué hacia al herido.

—Vamos, qué es lo que miras?—dijo Kozeltkov á Volodia, que arqueaba las cejas con una expresión de sufrimiento, sin fuerzas para separarse de las camas.—Vamos ya.

Volodia siguió á su hermano, volviendo el rostro á cada momento y repitiendo inconscientemente:

—Oh! Dios mío!... Oh! Dios mío!

—Habrá poco que ha llegado, sin duda?—preguntó la enfermera á Kozeltkov, señalando á Volodia que les seguía por el corredor dejando escapar grandes suspiros.

—Acaba de llegar, en efecto.

La joven enfermera miró á Volodia y se echó á llorar.

—Dios mío, Dios mío, cuándo concluirá esto?—exclamó con desesperado acento.

Entraron en la sala de los oficiales. Marzov estaba acostado de espaldas, sus venosos brazos los tenía plegados por debajo de la cabeza. La expresión de su rostro amarillento era el de un hombre que cierra los dientes para no chillar de dolor. La pierna intacta, con la media puesta, rebasaba por el borde del cobertor y veíase cómo se agitaban nerviosamente los dedos del pie.

—Y bien, cómo os encontráis?—le preguntó la enfermera, levantando con sus finas y delicadas manos, en uno de cuyos dedos Volodia vió brillar una sortija de oro, la cabeza un poco calva del herido y arreglándole la almohada.—Ahí están dos camaradas que vienen á visitaros.

—Muy mal, naturalmente,—dijo él en tono áspero y malhumorado.—Dejadme, tal cual, ya está bien...

Dentro de la media sus dedos se agitaban aun más rápidamente.

—Buenas noches! Cuál es vuestro nombre, si os place?—preguntó el enfermo dirigiéndose á Kozeltkov.—Ah, sí. Perdonad, aquí se olvida todo,—dijo así que Kozeltkov húbole dicho su nombre.—Hemos estado mucho tiempo juntos,—añadió sin ninguna expresión de placer y mirando á Volodia con aire interrogativo.

—Este es mi hermano, que ha llegado hoy mismo de San Petersburgo.

—Hum! Ved, yo ya me he ganado la pensión entera,—dijo frunciendo las cejas.—Ah! cuánto sufro!... Sí, mejor sería que hubiese llegado el fin de todo...

Agitó su pierna, sus dedos moviéronse aun con más rapidez y ocultó su rostro entre las manos.

—Dejadle ya,—murmuró la enfermera llorando.—El infeliz sufre mucho.

Hallándose ya en Severnaia, los dos hermanos decidieron ir al quinto bastión, pero al salir de la batería Nicolás, como si temieran exponerse inútilmente al peligro, sin decirse nada se separaron marchando cada uno por su lado.

—Mas, cómo hallarás tú solo la batería, Volodia?—dijo el mayor al ver que ya se alejaba.—Vale más que Nikolaiev te conduzca á Korabelnaia, yo me iré solo y mañana vendré á verte.

Nada más se dijeron los dos hermanos en esta última entrevista.

X

El retumbar de los cañonazos continuaba con la misma fuerza, y la calle de Khatérinenskaia que seguía Volodia, acompañado del silencioso Nikolaiev, estaba toda desierta. En medio de la oscuridad que le rodeaba veía solamente la larga calle con los muros blancos de las grandes casas derruídas en muchos sitios y el suelo empedrado. De tiempo en tiempo, encontraba grupos de soldados y oficiales. Al pasar al lado izquierdo, lleno de admiración, á la luz de un vivo fuego que brillaba tras un alto paredón, distinguió las acacias plantadas á lo largo de las aceras, con sus soportes verdes y su follaje tierno y lleno de polvo. Oía resonar fuertemente sus pasos y los de Nikolaiev, quien suspirando fuertemente seguía tras él.

Su pensamiento estaba aletargado. La linda joven enfermera, la pierna de Marzov con los dedos agitándose dentro del calcetín, la oscuridad, las bombas y las diversas imágenes de la muerte se presentaban vagamente á su imaginación. Toda su alma, joven, impresionable, se hallaba turbada y estaba afligido con la conciencia de su soledad y la indiferencia general por su suerte en medio de tantos peligros. «Si me matan, no habrá nadie que llore mi muerte». Qué diferencia entre aquello y la muerte del héroe lleno de energías y de generosidad en que él había soñado con tanto entusiasmo!

Las bombas estallaban y silbaban cada vez más cerca. Nikolaiev suspiraba más seguidamente sin decir palabra. Atravesando el puente que conducía á Korabelnaia, percibió algo que, silbando, cayó no muy lejos de él en la misma bahía, alumbrando por un segundo con su luz roja las olas violáceas, desapareciendo enseguida y haciendo saltar y brillar el agua.

—Habéis visto? por suerte no ha reventado,—dijo con voz ronca Nikolaiev.

—Verdad,—respondió el joven oficial lleno de un involuntario temor y con voz débil.

De nuevo encontraron camilleros trasladando heridos, las carre-

tas del regimiento cargadas de cestas, un regimiento que se dirigía como ellos á la batería Korabelnaia, los de caballería iban delante. Un oficial, seguido de un cosaco, marchaba al trote, mas al ver á Volodia detuvo su caballo, le examinó fijamente y sin decirle nada se alejó espoleando su montura.

«Solo, solo, nadie se interesa en que yo viva ó muera!» pensaba el pobre joven sintiendo verdaderos deseos de llorar.

Subiendo la cuesta, se halló enfrente de un alto muro blanco, y entró en una calle donde las pequeñas casitas estaban todas destruidas y alumbradas sin cesar por las bombas. Una mujer, borracha, andrajosa, que salía de una puerta cochera con un marinero, dirigióse resueltamente hacia él.

—Este por aquí... Calla!... si es un hombre *noble*,—murmuró.—Perdón, Vuestra Nobleza, señor oficial...

El corazón del pobre muchacho se acongojó aun más.

Sobre el negro horizonte el relampagueo se percibía más seguidamente y las bombas cada vez más rápidas silbaban y estallaban más cerca de él.

Nikolaiev, suspirando y sudando, se puso á hablar con Volodia con acento de espanto y conteniendo la respiración.

—He ahí, tanta prisa todos los días para partir... Partir, partir, no había necesidad de apresurarse.

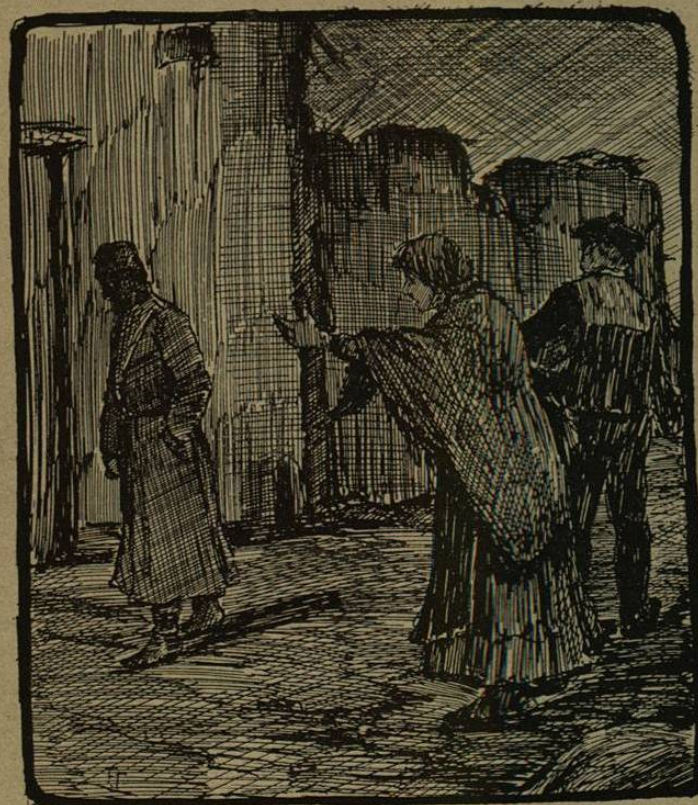
—Pues, qué! Mi hermano estaba ya curado!—respondió Volodia esperando, á lo menos, disipar con la conversación el sentimiento de gran pena que le invadía.

—Curado! Vaya una salud la suya, si está aun enfermo; cuánto más le hubiera valido no moverse en algún tiempo del hospital, como lo hacen otros! Es que se hallan muchos placeres aquí, eh? Que á uno le corten la pierna ó el brazo, esto es todo. No hace mucho tiempo aquí mismo, en la ciudad, y esto no es el bastión, qué horror!... Mientras uno anda va recitando plegarias. Ah, canalla!... ahí está, delante de nosotros,—añadió fijándose en un casco que rodó muy cerca de ellos, y continuó.—Ved, vuestro hermano me ha ordenado que acompañe á Vuestra Nobleza. Mi oficio, así está entendido, es hacer lo que se me ordena, debo pues hacerlo; pero la carreta está allá abajo al cuidado de un soldado cualquiera; los paquetes se deshacen... si luego falta alguna cosa ó se pierde, es Nikolaiev quien será responsable.

Después de haber andado un rato, desembocaron en la plaza. Nikolaiev calló y suspiró.

—Ved allí vuestra batería!—dijo de pronto.—Preguntad al centinela, él os la enseñará.

Volodia dió algunos pasos más y cesó de oír detrás de él los suspiros de Nikolaiev. De pronto se sintió completamente solo. Esta conciencia de la soledad ante el peligro, ante la muerte, como él creía, cayó sobre su corazón como una piedra terriblemente pesada y fría. Detúvose en medio de la plaza y volviéndose



para mirar si alguien le veía, cogióse la cabeza con ambas manos y con espanto pronunció: «Señor! soy un poltrón, un cobarde, un miserable!... No puedo ya morir por la patria, por el Zar, por quien recientemente aun soñaba morir con placer! No! soy una criatura desventurada y mísera!»

Y Volodia, penetrado de un sentimiento de verdadera desespe-

ración y de menosprecio por sí mismo, preguntó al centinela por el alojamiento del comandante de la batería y marchóse en la dirección que aquel le indicó.

XI

El alojamiento del comandante de la batería que le indicó el centinela, era una pequeña casita de un solo piso, cuya entrada daba á un patio. Por una de sus ventanas, cubierta con papel, pasaba la débil luz de una bujía. El asistente, sentado en el dintel de la puerta, fumaba su pipa. Este anunció á Volodia al comandante, introduciéndole en la estancia; dentro de la misma, entre dos ventanas y debajo de un espejo roto, había una mesa llena de papeles administrativos, y desparramadas por el resto de la habitación algunas cajas, una cama de hierro con sus sábanas de lienzo con iniciales y su cobertor.

Cerca de la puerta estaba un hombre de pie, gallardo, con grandes bigotes, con espada y capote en el que lucía una cruz y la medalla de Hungría: era el sargento mayor. En la sala, paseándose de arriba abajo, estaba el oficial de Estado Mayor, de mediana talla y de unos cuarenta años, con los carrillos hinchados y vendados, y una capa ligera y vieja sobre los hombros.

—Tengo el honor de presentarme: soy el abanderado Kozeltkov, cadete, agregado á la quinta batería ligera.

Volodia pronunció esta frase, preparada de antemano, en el momento de entrar en el aposento.

El comandante respondió al saludo secamente y, sin tenderle la mano, le invitó á sentarse.

Volodia sentóse tímidamente sobre una caja que estaba próxima á la mesa de escribir y púsose á jugar con unas tijeras que halló al alcance de la mano. El comandante de la batería, con los brazos cruzados á la espalda, la cabeza baja, mirando de cuando en cuando las manos de Volodia jugar con las tijeras, continuó paseándose por la habitación con el aire del hombre que se esfuerza en recordar alguna cosa.

El comandante de la batería era un hombre bastante grueso, algo calvo, con grandes bigotes recios que cubrían su boca, ojos oscuros y amables, manos bellas, cuidadas y fuertes, las piernas, algo arqueadas, apoyábanse con fuerza en el suelo y con cierta elegancia demostrando que no era hombre tímido.

—Sí,—dijo deteniéndose delante del sargento mayor.—A partir de mañana haréis aumentar la ración de los caballos de los arcones, pues están muy flacos los nuestros, eh! Qué te parece á tí?

—Qué puedo yo decir á Vuestra Nobleza! la avena está á mayor precio cada día,—contestó el sargento mayor moviendo los dedos de las manos que tenía extendidas á lo largo del cuerpo, movimiento que le era al parecer peculiar como para ayudarse en la conversación.—Además, nuestro furriel Frantchuk me envió ayer con los forrajes una cartita, Vuestra Nobleza, diciéndome que él mandaría á comprar allá abajo los granos, puesto que están á buen precio... Qué ordenáis?

—Bien, que compre! El tiene dinero, y mientras tanto...—y el comandante de la batería continuó su paseo por el aposento.

—Dónde está vuestro equipaje?—preguntó de pronto á Volodia deteniéndose delante de él.

El pobre Volodia, absorbido por completo por la idea de que él era un poltrón, que en cada mirada y en cada palabra le parecía iba envuelto el menosprecio para él, como si fuese un cobarde miserable, le pareció que el comandante de la batería había ya penetrado su secreto y se mofaba de él. Confuso le contestó que sus efectos estaban en la batería Grafaskaia y que su hermano le había prometido que se los enviaría al día siguiente.

Mas el comandante sólo escuchó el final, y dirigiéndose al sargento mayor díjole:

—Dónde alojaremos á ese abanderado?

—Qué abanderado?—exclamó el sargento mayor confundiendo aun más á Volodia con la rápida mirada que le dirigió, pareciendo decirle: De qué abanderado me habláis?—Allá abajo, Vuestra Nobleza, en el cuarto del capitán ayudante puede alojar á Su Nobleza; mientras el capitán ayudante esté en el bastión su cama estará vacía,—añadió el sargento.

—Entonces, bien está; aceptáis ese alojamiento provisional?... Creo que debéis estar fatigado y mañana ya os alojaremos mejor,—dijo el comandante.

Volodia se levantó y saludó.

—Queréis tomar té?—le dijo el comandante cuando ya Volodia estaba cerca de la puerta.—Vamos á preparar la tetera.

Volodia saludó y marchóse. El asistente del comandante le acompañó y le hizo entrar en una cámara desmantelada y sucia, en donde estaban tirados diversos trastos y en uno de los lados una cama de hierro sin sábanas ni cobertores. Encima de ella, envuelto en un grueso capote dormía un hombre con camisa amarilla. Volodia le tomó por un soldado.

—Piotr Nikolaievitch!—dijo el asistente sacudiendo los hombros del que dormía.—El abanderado dormirá aquí... Este es nuestro *junker*,—añadió dirigiéndose á Volodia.

—Ah! no os enfadaréis, verdad?

Mas el *junker*, que era un hombre joven, alto y fuerte, de fisonomía alegre pero atontada, se levantó de la cama, echóse el capote sobre las espaldas y aun no bien despierto salió de la estancia.

—Está bien, yo dormiré en el-patio,—murmuró al salir.

XII

Al hallarse solo con sus ideas, el primer sentimiento de Volodia fué el miedo... ese estado confuso, oscuro, en el cual hallábase su alma. Quería dormir y olvidar todo lo que le rodeaba y principalmente olvidarse de sí mismo. Apagó la bujía, tendióse sobre la cama y cogiendo su capote cubrióse la cabeza para librarse del miedo á la oscuridad que aun guardaba de su infancia; mas de pronto acudióle este pensamiento: «Y si la bomba cae, derrumba todo esto y me mata?» Púsose á escuchar; encima de su cabeza oíanse los pasos del comandante de la batería.

«En el caso de que una bomba caiga, matará primero á los que están arriba, luego á mí; á lo menos no moriré solo». Esta idea le tranquilizó un poco y procuró dormirse. «Mas, si de golpe toman á Sebastopol, durante la noche? Si los franceses llegan hasta aquí, con qué me defenderé?» Levantóse y púsose á pasear aceleradamente por el aposento. El miedo de un peligro real había dominado en él el temor misterioso de la oscuridad. Fuera de la silla y la tetera

no había otro objeto fuerte en la sala. «Soy un cobarde, un gandul!» pensaba á cada momento y de nuevo un penoso sentimiento de disgusto y menosprecio de sí mismo le dominó. Volvióse á la cama y procuró no pensar. Entonces las impresiones del día volvían á su mente acompañadas de los cañonazos continuos que hacían retemblar los vidrios de la única ventana, recordándole de nuevo el peligro. Tan pronto presentábase á su mente la visión de los heridos y de la sangre, tan pronto la de las bombas cayendo sobre el aposento, como la de la joven enfermera dedicándole un recuerdo y llorando por él, ya era su madre que le conducía á un pueblo de la provincia, rogando ardientemente con lágrimas en los ojos ante una imagen milagrosa; de nuevo comprendió que le era imposible dormir, mas, de súbito la idea de Dios Todopoderoso, que puede hacerlo todo y atiende á todas las preces, acudió con vivacidad á su mente, hincóse de rodillas, santiguóse y juntó sus manos tal y como lo había aprendido en su infancia; este movimiento volvióle de pronto á los sentimientos piadosos largo tiempo olvidados.

«Si ha llegado la hora de que yo muera, si es el momento de dejar de existir, Señor, que sea lo más rápidamente posible, mas si el valor y la firmeza que no tengo son necesarios, dádmelos; libradme de la vergüenza y del deshonor, que yo no podría soportar, enseñadme qué es lo que tengo que hacer para cumplir Vuestra voluntad». Su alma infantil, tímida, sencilla, de golpe se engrandeció, esclarecióse, un nuevo horizonte se presentó á su mente, vasto y claro. En pocos momentos sintió y pensó mucho y al fin durmióse tranquilamente y sin cuidado del retumbar continuo de los cañonazos y el retemblar de los cristales.

Gran Dios! Tú solamente escuchas y conoces estas plegarias sencillas y fervientes, llenas de fe: las plegarias de la ignorancia, del vago arrepentimiento, de la curación del cuerpo, del estallido del alma, que suben hacia tí desde ese sitio terrible de la muerte. Desde el general que un segundo antes soñaba con la cruz de San Jorge y que con timidez siente ahora próxima la muerte, hasta el soldado que se duerme sobre el desnudo suelo de la batería de Nicolás y te pide que le envíes á la otra vida, inconscientemente presentida por él como la recompensa de todos sus sufrimientos!...